

## Semblanza de mi hermano, Joaquín

*Juan Luis Lorda Iñarra*

### *Lo que define a una persona*

Cuando se contempla la vida de una persona a la que se ha conocido adulta, su imagen viene marcada principalmente por su perfil y trayectoria profesional; en cambio, su infancia y adolescencia resultan prescindibles, son épocas previas, sumergidas en el pasado y, en el fondo, anecdóticas. Desde el punto de vista adulto, uno es lo que ha llegado a ser.

Pero cuando se contempla a un familiar, mucho más si es un hermano y mucho más si es un gemelo, la perspectiva es exactamente la contraria. La época más definitiva, con mucho, es la infancia, que es la base de tu relación. Y en segundo lugar, la adolescencia. En familia uno es para siempre lo que era de pequeño: hijo, hermano, primo, y además con sus rasgos de carácter: terco, maniático o con gusto por las fresas. El resto de la vida puede ser importante, pero, en realidad, resulta un desarrollo anecdótico de lo principal.

### *Una infancia feliz con tantos parientes*

Tuvimos una infancia inmensamente feliz. Es difícil decir otra cosa, aunque la ingenuidad con que la vivíamos nos impedía tomar suficiente conciencia. Solo con los años nos dimos cuenta de que otras personas no habían tenido la misma suerte, y de que, por

haberla tenido, habíamos adquirido algunas obligaciones morales. Joaquín era muy consciente.

No podía ser todo ideal, pero lo vivimos como si lo fuera: con unos padres que se querían y se trataban muy bien, con un estatus social de “clase media” y fuerte arraigo en la ciudad de Pamplona. Con una familia muy dilatada, porque conocimos a nuestros cuatro abuelos y gozamos de sus personas, de sus casas y de sus peculiaridades bastante pronunciadas (o eso nos parecía). Y con tres hermanos pequeños, Soledad, Alfonso y José María, y muchos primos, que tratábamos y con los que coincidíamos en los muchos eventos familiares.

Además, como era propio de una ciudad media de provincias (aunque la Navarra clásica nunca se consideró una “provincia” porque es un “viejo Reino” unido por un pacto), las redes del parentesco se extendían sin límites. Todos los matrimonios de nuestros tíos generaban un área de “contraparientes”, como se llamaba técnicamente en Pamplona y otros lugares, a los parientes del consorte o la consorte de nuestros tíos “carneales”. De manera que todos los tíos, primos y abuelos de nuestros primos eran, en cierta medida, tíos, primos y abuelos nuestros. Nuestra madre llevaba con mucha atención todas estas relaciones y por eso teníamos conciencia de tener parientes lejanísimos y en lugares inverosímiles. De esas amplias relaciones surgieron buenas amistades, cuando coincidimos en la edad, en las fiestas o en el colegio. También todas las amistades más cercanas de nuestros padres y tíos, eran tíos y tías para nosotros. Era el caso, por ejemplo, de Joaquín Arazuri, médico pediatra e historiador de Pamplona, y de su mujer, Sagrario. Pero había muchos más.

Los dos hermanos estábamos muy unidos sin que tuviéramos mucha conciencia de ello, porque estábamos acostumbrados. De hecho, recuerdo, como cosa curiosa, que las pocas veces que estábamos los dos, nos sentíamos solos y echábamos en falta la compañía de amigos y primos. Aunque también nos entreteníamos, mucho y muy bien, “solos”. Recuerdo una vez que jugando con la base de un viejo reloj de pared, que tenía unos arcos de madera que servían de garaje para nuestros coches de juguete, se nos cayó encima el mueble y la caja se hizo literalmente astillas y nos llenó de cristales. Nuestro padre se llevó tal susto que no nos riñó. La maquinaria nos podía haber roto la cabeza.

#### *Tantos estudios*

Entre los tres y los cinco años, si no me equivoco, acudimos a un parvulario que regentaban las Concepcionistas (y hoy es sede de la Cámara de Comercio), a cien metros de nuestra casa en Navas de Tolosa, 3. La nuestra era una casa construida en 1891 por el bisabuelo materno, y en pisos distintos vivían los otros tres hermanos de nuestra madre y todos los primos de ese lado, y, al final, también la abuela materna, con la que jugábamos a cartas.

En el parvulario sentimos los “olores” de la infancia y se nos grabaron algunos recuerdos: de la monja “mala”, porque reñía, y de la “buena”, porque nos ayudaba a abrocharnos los clips de las batas negras que usábamos, que se abrochaban por detrás, y también el cuello duro blanco, que también se abrochaba por detrás. Y que nos quitábamos para pegarnos con él, como un latiguillo.

Después, hasta los diez años, tuvimos solo clases particulares con una hermana de nuestro abuelo pater-  
no, la tía Josefa, que era maestra aunque no ejercía, y  
nos enseñaba todo: geografía, matemáticas e historia,  
también historia sagrada. Tenía una gramola enorme  
y antigua que despertaba nuestro interés. Acudíamos,  
desde muy pequeños, a clases de inglés con una señora  
que era hermana de uno de los fundadores de la ETA:  
nos hablaba principalmente de su gato; eso nos dejaría  
una deficiencia casi irreparable en ese importante  
idioma. Y después íbamos a clases de piano, con Abe-  
lina Izco, profesora del conservatorio. Nos invitaba a  
vino dulce (que entonces no era delito) y en su casa  
vimos por primera vez la televisión, con motivo del  
entierro de Juan XXIII (1968). Teníamos 13 años.

Hicimos el bachillerato, desde el “ingreso” al  
“COU”, en el Colegio San Ignacio de los jesuitas. Y  
pasábamos los veranos en Zumaya; para nosotros, lar-  
gos veranos, casi todo el tiempo en el mar, desde junio  
hasta finales de septiembre. Fue también una época  
feliz, con muchos amigos y muchas experiencias, aun-  
que, claro, menos importantes que las de la infancia.

### *Las arquitecturas y Exin Blok*

En algún momento entre los diez y los trece  
años, no puedo fijarlo, hicimos un trato bastante tras-  
cendental: nos repartimos los juguetes. Y, en resumen,  
yo me quedé con los soldados y cosas parecidas; por  
ejemplo, las canicas. Tenían algo que ver con los sol-  
dados, porque organizábamos batallas entre ellas: las  
de cristal eran los romanos, y las de barro, los bárba-  
ros. Nuestro primo, Joaquín Iñarra, cuando entró en  
la Universidad de Valencia, nos regaló varios cientos y

las hacíamos correr por el suelo, hasta que las ancianas vecinas de abajo (las Mata) subían desesperadas a suplicar menos ruido.

Mi hermano Joaquín se quedó con las arquitecturas. Teníamos varias. Entonces no había cosas tan estupendas como Lego y otras que han venido después. Aparte de las arquitecturas sencillas de piezas de madera, que hoy me parecen encantadoras, surgió entonces un juego con piezas de plástico blancas a modo de ladrillos. Se llamaba Exin. Según cuenta el artículo de Wikipedia, el fabricante era Exclusivas industriales y se había dedicado a pequeños electrodomésticos hasta los años 60, cuando empezó a fabricar el juego.

Tenía unas bases blancas y unos tejados rojos y luego negros. Era bastante elemental y los modelos propuestos eran garajes y casas bastante feas. Pero Joaquín directamente empezó a hacer construcciones mucho más grandes que se inventaba. Los Reyes Magos le trajeron, año tras año, nuevas piezas, que venían en grandes tubos de cartón, que hoy son buscados por los coleccionistas. Pasaba días enteros construyendo. La empresa fue sacando más tipos de piezas, columnitas y arcos, que daban nuevas posibilidades arquitectónicas.

En 1968, empezó Exin castillos, con piezas de color arena. Algunas le parecían un poco cursis y demasiado preparadas para hacer una sola cosa: torres o puentes levadizos. Solo le interesaron algunos arcos y remates y piezas curvas que le permitieron hacer ábsides. A él le gustaba construir grandes iglesias con columnas y atrios. En algún momento de enfado, creo que le destruí alguna. De todas maneras no me dejaba intervenir en sus construcciones. Estábamos en la

misma habitación, que compartíamos, pero, mientras construía, yo me dedicaba a los soldados y preparaba fuertes que asaltaban indios, con grandes maderas que servían de vallas: allí moría todo el mundo, como en las películas malas del Oeste.

Según dice Wikipedia, la empresa Exin, después de otros desarrollos, cerró en 1993. Los juegos son coleccionistas y ha habido algún remake. Me parece que este juego fue importante en su vida porque lo hacía con verdadero gusto y concentración. Eso me despertaba cierta envidia. Desde entonces tenía clarísimo que sería arquitecto.

### *En la Universidad y en el Colegio Mayor*

Al terminar el bachiller, teníamos pena de dejar atrás tantas cosas estupendas. Pensábamos: ahora ya solo queda estudiar y ponerse a trabajar. Por ese lado, no teníamos prisa. Lo recuerdo perfectamente. Pero a él le hacía mucha ilusión estudiar arquitectura.

Hasta entonces habíamos vivido siempre juntos, vestido siempre igual (porque nos compraba la ropa nuestra madre, aunque no nos importaba), y teníamos los mismos amigos y los mismos planes. Entonces nos separamos con toda naturalidad, sin ningún trauma. Yo me fui a San Sebastián a estudiar ingenieros y vivir en el Colegio Mayor Ayete. Y él se quedó en Pamplona para estudiar arquitectura. No recuerdo que tuviéramos un contacto tan estrecho como hoy se tiene con el móvil. Nos veíamos en las vacaciones, cuando yo volvía a Pamplona.

Pasé un año muy feliz en San Sebastián en el Colegio Mayor, aunque la ingeniería no me gustaba demasiado, pero me fue bien. En cambio a Joaquín,

le resultaron antipáticas las asignaturas de primero de arquitectura, que tenían muy poco que ver con lo que le fascinaba. Especialmente, se le atragantó la geometría descriptiva, que era, incomprensiblemente, la asignatura más dura de la carrera y parecía la más importante. Hacían ejercicios absurdos como calcular intercesiones con las sombras de objetos en el aire: horas de dibujo con una maraña de líneas y cálculos. Le hacía sufrir, aunque años después, se daría la paradoja de que entró en la escuela precisamente como ayudante de geometría descriptiva. En realidad, era la única puerta de entrada que tenía.

Al ver la diferencia entre cómo habíamos pasado el año, mis padres decidieron dar la oportunidad a Joaquín de que viviera en el Colegio Mayor Belagua. Era una decisión bastante curiosa ya que, viviendo en el mismo Pamplona, suponía un esfuerzo económico considerable. Pero tenían presente que suponía participar en muchas actividades culturales, vivir en un ambiente juvenil muy estimulante y ampliar el círculo de amistades.

En el fondo era una especie de escrúpulo de justicia: para darle a él lo mismo que me habían dado a mí. Es lo que pienso ahora, porque en su momento, no recuerdo que me explicaran nada. Sencillamente, Joaquín se fue a vivir a una de las fases de Belagua. Y el asunto tenía más mérito porque en esos años, nuestro padre sufrió reveses económicos potentes. En cierto modo, decidieron adelantarnos la herencia que nos iban a dejar. Mi padre apuntaba todos los gastos en letra muy pequeña, en una libreta también pequeña, y un día me enseñó lo que le había costado, para que lo tuviera claro.

En Belagua, Joaquín fue feliz. Hizo muchísimos amigos y participó con toda el alma en las movidas del colegio mayor. Se disfrazaba y organizaba eventos divertidos que luego me contaba. Recuerdo un famoso paso de los israelitas por el Mar Rojo, donde participó festivamente todo el colegio. También organizó otros eventos, medio culturales medio bufos, en la ciudad y en la Plaza del Castillo.

*A la Escuela de Arquitectura, pasando por Logroño*

Al acabar la carrera, le pidieron que se trasladara a Logroño para atender el Club Glera. Para entonces ya era numerario del Opus Dei. Yo me había adelantado un año en ese paso. Allí trabajó en la oficina de un arquitecto, que se dedicaba, entre otras cosas, a construir y decorar bodegas. Era un momento de expansión de la economía de la provincia con el éxito de las ventas del vino de Rioja. A Joaquín le hacían sufrir las pretensiones de los bodegueros que, sin mucha cultura arquitectónica, querían edificios espectaculares, pero con torres y almenas tipo Exin castillos. No había manera de huir de ese fantasma.

En el Club Glera, le tocó organizar actividades para chicos. Muchos que estuvieron con él me han contado a lo largo de los años las muchas cosas divertidas que se le ocurrían. Entre otras, le gustaba disfrazarse de viejo; y reconocerlo por la calle era una de las pruebas que tenían que pasar los chicos. Pero hacía muchas más y no paraba quieto.

Después, se trasladó a Pamplona, a trabajar en la Escuela de Arquitectura, pasando por el agujero de la geometría descriptiva. Yo también fui profesor allí de teología, quizá un poco después. Y recuerdo las juntas



de coordinación de los profesores de primero. Eran reuniones periódicas, dos o tres en el curso, para ver cómo iban los alumnos. Los profesores cantaban las notas de cada uno y las comentaban brevemente. Era un conjunto de arquitectos célebres. Muchas de las notas, según recuerdo, eran 1 o 1,5 y recuerdo que un profesor al decir que el alumno había sacado un 2,5, comentó que el chico había mejorado mucho. Para la mayoría de los alumnos un 4,6 era una notaza y algo próximo al paraíso. Es lo que recuerdo, porque me hacía gracia, pero quizá exagero un poco.

*Gombrich, la historia del arte y tantos buenos discípulos y amigos*

Después de unos años en Descriptiva, pude pasar a dar Historia de la Arquitectura. Realmente era lo que le gustaba. Le parecía un mundo fascinante. De entrada, se centró en Gombrich, que era y sigue siendo lo mejor en historia del arte. Hizo, sobre él, una tesis muy buena y larga que dirigió el profesor Montes. Consistía en una amplia síntesis ordenada de todo el pensamiento de Gombrich. El mismo Gombrich pudo admirarlo y lo consideraba entre lo mejor que se había escrito sobre él, incluso lo mejor. Tuvo una correspondencia muy simpática con él, que se conserva. Gombrich le mandó unos caballitos de los que él dibujaba. Se está traduciendo al inglés para que se pueda publicar en una buena editorial de Historia del Arte.

Estuvimos 14 años juntos en aquella Escuela, de los que guardo recuerdos estupendos. En aquellos años fueron directores Leopoldo Gil, y después, Antonio García Valcárcel, arquitectos veteranos, curtidos

por la vida, que a mí me parecían figuras patriarcales, acogedores y siempre llenos de simpatía.

De mi hermano me admiró siempre la capacidad que tenía para atraer, movilizar y entusiasmar alumnos, con todo tipo de trabajos. Tuvo infinidad de “ayudantes”, que le hacían planos, le sacaban fotos, le miraban libros o le ayudaban en las tareas de la clase: recoger y devolver cuadernos de dibujo. Vivía involucrando constantemente a los alumnos, que se sentían muy felices de ayudarlo. Les sabía fascinar, que es la mejor manera de enseñar. Me hubiera gustado a mí tener el mismo impacto entre los alumnos. En las clases ponía mucho de su parte y las preparaba mucho. Una clase que le parecía que no había salido bien le afectaba como una tragedia.

Creó infinidad de cosas para tener en movimiento a los alumnos. Viajes agotadores a París y a Venecia, construcción por ordenador de arquitecturas fantásticas, elaboración de maquetas de construcción. Cursos superintensivos en los veranos con alumnos americanos, especialmente de Monterrey, que le dejaban muchos amigos y admiradores, y algún rendimiento económico que gastaba íntegro en libros. Además, todo el espectáculo de la ornamentación, que llegaba hasta los teatros barrocos y la arquitectura china.

Consiguió acumular un inmenso archivo y juntar quizá la mejor colección de libros que existe sobre historia de la arquitectura. Se movía perfectamente entre los anticuarios.

También intervino en distintas cosas, que no soy capaz de resumir. Estudió intensamente la arquitectura hispanoamericana, donde veía mucha relación

con lo que se hacía aquí en España. Pero estas expansiones ya no me son tan conocidas y otros pueden hablar mejor.

De vez en cuando le caía algún encargo exótico, como diseñar palacetes para emires. Y puso mucho interés en algunos encargos litúrgicos. Colaboró con Joaquín González Miranda en la renovación de la catedral de El Salvador, en la capital de ese país. Y entre otras cosas diseñó un gran Sagrario. Le emocionaba porque tenía gran amor a la Eucaristía. También diseñó con mucha ilusión y devoción una corona para la Virgen de la Catedral de Pamplona.

*Al final, tantos agradecimientos*

Joaquín era muy agradecido. Seguramente era una forma de devolver tantos privilegios en la vida. Aunque también pagó con problemas de salud y algunas incomprensiones. Era muy generoso y le gustaba tener detalles y regalar muchas cosas, especialmente al personal de la Universidad, que le distinguía con una estima totalmente singular: así los bedeles de la Escuela o las camareras de los distintos servicios de la Universidad. Me lo decían a mí; cuando me veían, siempre me daban recuerdos muy especiales para él. Era otro motivo de buena envidia, que se llama emulación.

Por mi parte, me gustaría poder agradecer a todos los que le ayudaron y le acompañaron, durante tantos años. Especialmente a las profesoras María Antonia Frías y Angélica Martínez, y al entonces alumno Ramón Alemany. Les estoy muy reconocido por lo mucho que trabajaron para preparar el homenaje de la Escuela a Joaquín, y también la publicación

inglesa de su tesis sobre Gombrich, con un trabajo muy abnegado y muy considerable. Me hubiera gustado nombrar a muchos más, pero me es imposible hacer la debida justicia a todos.